

CATALINA DE ARAGON, REINA DE INGLATERRA, NACIO EN ALCALA DE HENARES

TIENE Alcalá de Henares dedicada una calle a la Infanta doña Catalina, hija segunda de S. A. los Reyes Católicos; lo que estimamos, al ser la única dedicación, menguado, pobre homenaje a tan esclarecida Princesa, que vió la luz en la docta Compluto, en el magnífico palacio de los Arzobispos, esa asombrosa joya arquitectónica que durante la Cruzada de Liberación de la garra marxista tanto padeció en su traza y en la maravilla de su exorno, perdiendo con ello casi todo su impar valor.

Calle breve la de la Infanta doña Catalina, de tercer o cuarto orden, que, sobre caer muy a trasmano, sufre el descuido de su insignificancia, por lo que sus escasos y humildes inmuebles, lo mismo que la casona ancestral que otrora la daría prestancia y significación, se encuentra en lamentable estado del que son crudo y duro exponente sus fachadas horras de todo enlucido, muestran en cambio todas las injurias de los siglos y del abandono. Pobre, menguado homenaje para tan alta Princesa. Alcalá (repetimos y no nos cansaremos de



El 15 de diciembre de 1485 nace en Alcalá de Henares Catalina de Aragón. Hoy su figura ha sido actualizada por una serie de televisión y aparece aquí, junto a estas líneas, junto a los grabados de Enrique VIII y de María Tudor, hija de ambos.

LA PRIMERA ESPOSA
DE ENRIQUE VIII
ERA HIJA SEGUNDA
DE LOS
REYES CATOLICOS

repetirlo, ¿cuándo de apelativarse "de Henares", que no significa nada, y se llamará "de Cervantes", como debía y debe, que tanto significa?), Alcalá debe una reparación a olvido tamaño o a inadvertencia tal con esa hija suya, sin duda la más preclara e ilustre que merece ser tenida en perpetua recordación, por obras que las Artes, muy en especial la Escultura, se honrarían mucho en patentizar y

enaltecer antes las pasadas, presentes y futuras generaciones. Por la grandeza de las virtudes que la adornaron, por la grandeza de su infortunio, por la grandeza de su figura, por la grandeza de su historia, extremos todos que, formando su mejor y más preciada disdema imperial, en Albión quedaron para siempre como espejo y paradigma, que hoy se muestra señero y al que se le rinde culto y pleite-

sía. Que todo eso fué y todo eso llevó y todo eso se dejó allí para perpetua admiración y emulación de reinas y princesas esta ínclita hija de España —por supuesto, como todas las princesas que de España salieron para compartir algún trono—, sin que sepamos por qué ésta que nos ocupa la denominen algunas historias con el sobrenombre “de Aragón”, y no de España; que ya la nación tenía, tiempo ha, lograda la unidad étnica; y si de Aragón lo era por su padre, de Castilla lo era por su madre, y Castilla y Aragón eran, hacía mucho, España; bien que muchos historiadores modernos, haciendo esta justicia, la denominan Catalina de España.

La triste historia de su amarga vida en Inglaterra, desde que España abandonó, pedida por Enrique VII para esposa de su hijo Arturo, príncipe de Gales, con su prematura viudez, su nuevo matrimonio con su cuñado Enrique —luego octavo de este nombre—, y toda la innumerable e incalificable serie de dolores, infortunios, vejaciones, ofensas las más graves para una reina, una esposa y una madre, hasta rendir su vida en el castillo de Kimbolton, cautiva, apartada de su hija, despojada de todo trato y honor de reina, despreciada y abandonada de su marido, unido en amancebado contubernio con la disoluta Ana Bolena...; todo es harto conocido para que haya necesidad de repetirlo ahora hiriendo cualquier mediana cultura; sobre que se necesitarían espacios imposible para sintética noticia como esta que hacemos, y aun para folios y folios innúmeros.

En toda esa vida de suplicios, afrentas y dolores no tuvo otra alegría que el nacimiento de su hija María Tudor, por la que, aun sin dejarla gozar de su compañía, lo sufría todo por ver de defender su derecho al trono, cosa en la que también se vió cruelmente herida, viendo que se la apartaba de la línea de sucesión, colocando en ésta a Isabel, la habida en el abarragamiento de Enrique con la Ana Bolena.

Pero en todas estas crueldades, en todo este cruento martirio, no se vió —y ahí han quedado para sempiterno ejemplo—, ni más entereza, ni más dignidad, ni resignación cristiana mayor, ni conducta, por todo y por donde quiera que se la mire —se la admire, mejor—, más en armonía con su condición de Princesa de Castilla, lo que equivale a decir expositorio y paradigma de las más altas virtudes de esposa, de madre, de mujer y de reina, en contraste y a prueba de todas las hieles que le hizo gustar, de todos los martirios que la hizo padecer el más torpe, el más grosero, el más vil, el más materialista y epicúreo —“epicurei, grege porcorum”, que dice el Apóstol—, que por equivocación o aberración de la naturaleza ciñó corona real en su testa: “acebuche cerril unido en dispar matrimonio con la oliva suave”, como escribía el gran Luis Vives, maestro de la Princesa, y el cual, años adelante, trazando la semblanza de la reina mártir, como muchos escritores la llaman, así dice entre otras cosas: “No quiso Cristo que en esa nuestra edad faltase el ejemplo, que pasaría a la más luenga posteridad, que nos da Catalina de España, reina de Inglaterra, esposa de Enrique VIII, de la cual se puede decir que por un error de la Naturaleza, a un cuerpo de mujer, cúpole en suerte un ánimo varonil...”

Todo esto y mucho más, si no bastara para sacarlo verdadero la autoridad del sapientísimo Luis Vives, lo haría con creces la carta que Catalina de España escribió, poco antes de morir, a su execrable y abominable esposo, el epicúreo Enrique VIII (“epicurei, grege porcorum”), carta la más digna, pero la más sentida, la más enamorada, la más conmovedora, la más generosa, la más resignada, la más cristiana, y la que, dicen, causó honda impresión en su ánimo, y que hasta lloró al leerla. Pero esta impresión, si es verdad, muy difícil de creer, debió de ser muy pasajera, por cuanto no rectificó lo más mínimo su conducta que no tiene calificativo, porque no tiene explicación ni, menos, disculpa.

Pues bien, y volviendo a nuestro inicial propósito: esta mujer, esta Princesa española, esta reina ejemplar, no tiene en la ciudad a la que le cupo la suerte y la gloria de que en ella naciese, no tiene otra cosa que la recuerde si no es una pobre calle, menguada y angosta, peor que vieja, envejecida, de casas roídas de caries y desconchadas las pocas que la forman, incluso la única que, aunque desvencijada y maltrecha, guarda un poco su poco gallarda traza de otrora, por lo que se adivina que tendría en aquel lejano ayer alguna prestancia y abolengo.

Y en otra calle, según los datos ni muy amplios ni muy firmes, hay un antiguo convento que de Santa Catalina se llama, diz que levantado por los Reyes Católicos en celebración del nacimiento de la Infanta doña Catalina y puesto, por tanto, bajo la advocación de la santa de su nombre.

Alcalá de Henares, que sabe hacer honor a su tradición, sabrá enmendar este grave error de sus antepasados y saldar esta añeja deuda con tan esclarecida hija suya, ejemplario de las más altas virtudes de mujer española, como mujer, como madre, como esposa, como reina, nimbada además con la aureola del martirio moral que pudo padecer mujer en su condición y en su dignidad bajo este cuádruple aspecto. Todo lo cual, por obra y desgracia de aquel inmenso epicúreo, “epicurei, grege porcorum”, que se llamó Enrique VIII.

L. G. H.



GRUPO DE 200 VIVIENDAS PARA FUNCIONARIOS
DEL MINISTERIO DE HACIENDA EN AVDA. DR. ESQUERDO,
DE MADRID



Oficinas Centrales:

MADRID: Serrano, 179

Delegaciones:

MADRID: Serrano, 179

BARCELONA: Burdeos, 22-24

VALENCIA: Cronista Carreres, 9

SEVILLA: Avenida Felipe II, 28

MALAGA: Edificio Cánovas - Calle Maestranza, 2

LAS PALMAS: Avda. Marítima Norte (Esq. Juan XXIII)

CADIZ: Glorieta Ingeniero La Cierva, 1

HUELVA: c/ Isla Cristina, s/n.

GUADALAJARA: Polígono Henares

Construcciones G. Serrano, S. A.

¿SUEÑO, REALIDAD?

CUENTO POR IGNACIO MARTINEZ CANOVAS

PERDIDO, desilusionado y entristecido se encontraba en aquel laberinto de calles ruidosas, asfaltadas, infinitas, sin saber qué hacer ni adonde ir.

Era Alberto alto, enjuto de carnes; piel morena; de rostro duro, curtido por el sol y el viento castellano; nariz alargada, torcida por un golpe; ojos azul pálido como el cielo de un desmayado día de otoño. Pastor de la vieja meseta castellana; pastor desde que naciera; pastor por gloriosa tradición. Desde generaciones —muchas, tantas que ni él mismo lo sabía— aquel oficio era transmitido de padres a hijos, sin que ninguno fallara. Pero él era diferente a todos los que le precedieron; ninguno como Alberto, a pesar de la rudeza del ambiente que le había rodeado, había sentido la llamada del arte, la poesía, la cultura, aún sin saber a ciencia cierta lo que significaban estas palabras, muy sentidas en su interior, pero sin comprenderlas del todo nunca: poesía, cultura, arte.

Era soñador, había nacido para soñar.

Y escribía poesías, con muchas faltas de ortografía, pero muy bellas, muy sentidas, muy ensoñadoras. Sus primeras y últimas letras le fueron enseñadas por don Gervasio, sexagenario maestro nacional, que había envejecido prematuramente en la escuela del pueblo —siempre llena de críos mocosos, sucios, salvajes—, situada a unos kilómetros de su aldea natal.

Recordaba sus idas y vueltas a la escuela, con frío o calor; con lluvia o nieve, sin faltar un solo día. Esto asombraba a todos, pues debía cruzar valles y salvar ríos; y sin caminos ni senderos, sólo tierra salvaje tal como se formara hace siglos. Pero a él nada le importaban estas duras y fatigosas caminatas: todo por la cultura, el arte, la poesía. Y don Gervasio, comprendiéndolo, le dedicaba muchos ratos libres fuera del estático horario de la escuela.

—Vete a la ciudad, zagal, vete a la ciudad— le decía una y otra vez—. Allí podrás saciar tu sed de saber; allí podrás contemplar el arte universal de todos los tiempos; allí podrás editar tus poemas que harán historia. Vete, zagal, vete.

Y el chiquillo soñaba, de día y de noche, con la ciudad; con aquella capital tan nombrada por el bueno de don Gervasio, tan deseada por él.

—Vete a la ciudad, zagal, vete a la ciudad

—Iré, maestro, iré.

Peró aún transcurrieron muchos años sin alcanzar su ilusión; años de largos pastoreos y soledades infinitas; años de sufrimientos incontables y fatigosas pobreza.

—Vete, zagal, vete.

—Iré, maestro, iré.

* * *

Tanto en su aldea natal, situada en un recóndito paraje casi inaccesible, como en el cercano pueblo, los ánimos estaban revueltos.

—Nos quedamos solos, nos quedamos solos... —se lamentaba un grupo de viejos campesinos que, tomando el sol, paseaba por el polvoriento y estrecho camino vecinal—, la juventud se marcha a las grandes ciudades, a los centros industriales, donde hay seguras colocaciones y sueldos fijos. El campo se

queda despoblado, vacío de brazos que lo cultiven. Nos quedamos solos, nos quedamos solos.

—Alberto, el pastor, el hijo de Dionisia, se va a la ciudad, se va a la ciudad... —murmuraban unas grñosas mujeres alrededor de la diminuta fuente de la plaza.

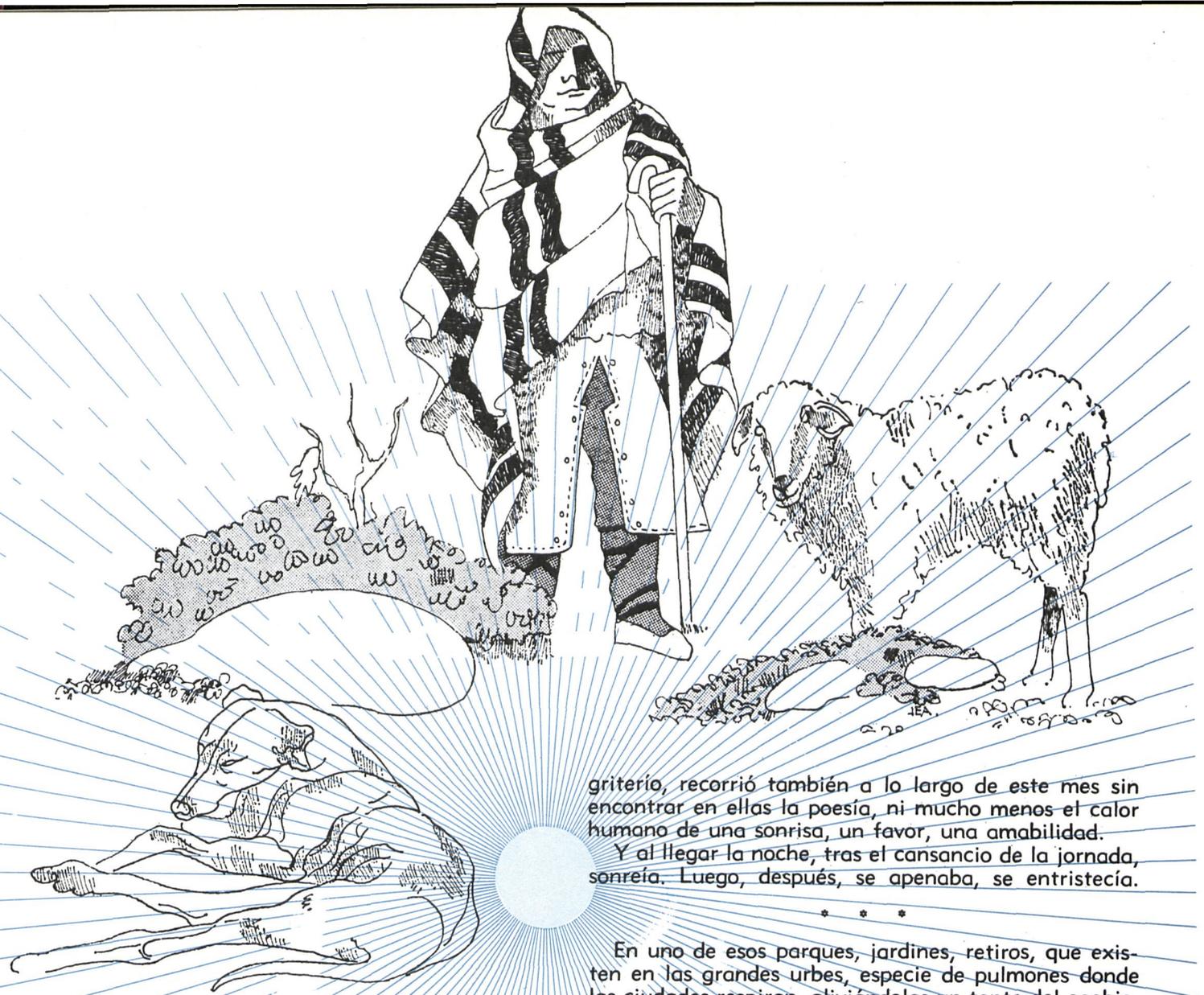
—¡Qué suerte, qué suerte...! —envidiaban unos harapientos chiquillos que jugaban con una pelota.

—Otro mozo se nos va, otro mozo se nos va... —comentaban entristecidas, alarmadas, las pocas mozas que aún quedaban—. ¿Qué será de nosotras?

Mientras, Rosario, muchacha bajita, de largo pelo negro, rostro moreno y el alma limpia, se despedía del pastor-poeta.

—Cuando logres la fama con tu arte y ganes mu-





cho dinero con la poesía, te olvidarás de mí —le decía temerosa de perderle para siempre.

—¡Nunca te olvidaré, jamás! —le respondía con firmeza, con absoluta seguridad.

Siguiendo la dirección sureste, el autobús salió del pueblo hacia la estación de ferrocarril más próxima, que le conduciría a la ciudad. Entonces fué cuando Rosario se llevó los dedos de la mano derecha a los labios: "Me besó, me besó."

Y salió corriendo por los campos baldíos sin rumbo ni dirección.

* * *

"¿Dónde está, en qué sitio se encuentra lo que ando buscando y tanto ansío encontrar?", se preguntaba decepcionado Alberto, tras un mes de recorrer toda la ciudad sin hallar el arte, la poesía, la cultura.

Edificios y más edificios de todas las formas, categorías o alturas, había visto a lo largo de esos treinta intensos días sin advertir en ellos un mal cuadro, una peor pintura o un simple adorno que los elevase de la materia con que estaban contruidos: hormigón, cemento, piedra. Todo funcional, tremendamente funcional. "Hay que llevar el arte donde esté el pueblo", había oído decir a un célebre pintor, cuyo nombre no recordaba. Pero el arte sólo se encontraba en aquellos inmensos caserones, palacios o edificios —a veces con siglos de existencia— llamados museos, especie de grandes ataúdes donde el arte y las obras se almacenan, se guardan y exhiben como si estuvieran muertas, sin corazón ni aliento. "¡Qué gracia! —pensaba Alberto con amargura—. Como no sea el pueblo el que venga a estos lugares..."

Calles y más calles, llenas de gente, de coches, de

griterio, recorrió también a lo largo de este mes sin encontrar en ellas la poesía, ni mucho menos el calor humano de una sonrisa, un favor, una amabilidad.

Y al llegar la noche, tras el cansancio de la jornada, sonreía. Luego, después, se apenaba, se entristecía.

* * *

En uno de esos parques, jardines, retiros, que existen en las grandes urbes, especie de pulmones donde las ciudades respiran, aliviándolas un tanto del agobio, de la servidumbre que las ahoga; en la encrucijada de unos paseos, frente a un triste y melancólico parterre, hay un banco solitario. Allí, sentado desde hacía largo tiempo, cayendo sobre él las amarillentas hojas otoñales de los árboles, se encontraba Alberto, silencioso, pensativo. Había perdido la noción del tiempo, de la existencia, de la vida, sintiendo sólo el dolor bien metido en el alma de sus ilusiones rotas, de sus esperanzas fallidas, de sus sueños frustrados.

—Vete a la ciudad, zagal, vete a la ciudad —recordaba lo que con tan inocente ilusión le decía don Gervasio—. Allí podrás saciar tu sed de saber, contemplar el arte, editar los poemas.

"Regresaré a la aldea, maestro, regresaré a la aldea —pensaba con cierta nostalgia—. Allí volveré a encontrar la poesía del campo que no supe apreciar, el arte del paisaje que no pude ver y me sajaré con sus enseñanzas que nunca debía abandonar."

* * *

Sobre una vieja manta extendida a lo largo del suelo, apoyada la cabeza en el zurrón, en medio de una espaciosa sombra de la gran arboleda de la "Fuentes de los Pastores", Alberto dormía plácidamente. De repente oyó voces traídas y llevadas por el viento:

—Alberto, el pastor, el hijo de Dionisia, irá a la ciudad, irá a las ciudad... —decían unas.

—Alberto, el pastor, el hijo de la Dionisia, ha vuelto de la ciudad, ha vuelto de la ciudad... —comentaban otras.

Y el pastor-poeta, restregándose los ojos, se preguntaba: ¿Ha sido todo un sueño o ha sido una realidad?

DEPORTES AGUIRRE



LA EXPERIENCIA DE SUS TECNICOS Y REALIZADORES
AL SERVICIO DEL DEPORTE NACIONAL:

- ✿ Delegación Nacional de Educación Física y Deportes.
- ✿ Ministerio de Educación y Ciencia.
- ✿ Excelentísimos Ayuntamientos.
- ✿ Colegios.
- ✿ Comunidades Religiosas.
- ✿ Gimnasios privados y Clubs.

PARLA, CARRETERA DE PINTO, Km. 1
TELEFONO 699 10 93 MADRID

FABRICA DE ESPEJOS

ACRISTALAMIENTOS E INSTALACIONES COMERCIALES

JUAN CLAVERIA, S. L.[®]

ACRISTALAMIENTO DE LA RESIDENCIA DE ANCIANOS EN LAS ROZAS



OFICINAS Y EXPOSICION:

Sanz Raso, 19  477 15 99
477 93 40

FABRICA:

Picos de Europa, 24
MADRID-18



"EL BOLICHE"

Breve biografía de un creador de la pintura "Naif", que durante veintiséis años ha prestado sus servicios como albañil en la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid

POR ESTEBAN ESQUIROR GARATEA

